ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

ENTREGAR LA CARTA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA,

POR LOS SEÑORES

DON JOSÉ DE FUENTES

Y

DON CARLOS LUIS DE CUENCA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

Al distinguido primer actor D. Joaquin Gº Parreño.

Sus affmos.

Los autores

ENTREGAR LA CARTA.

ENTREGAR LA CARTA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA,

POR LOS SEÑORES

DON JOSÉ DE FUENTES

Y

DON CARLOS LUIS DE CUENCA.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA la noche del 18 de Abril de 1877.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA................	D.ª SOFÍA ALVERÁ DE NESTOSA.
CECILIA.....................	SOLEDAD MORERA.
LA SEÑORA VIUDA DE PIÉ..	BALBINA VALVERDE.
MIGUEL....................	D. RICARDO MORALES.
DON SANTIAGO SAN JUAN Y SAN PEDRO...............	GABRIEL CASTILLA.
ANDRÉS.....................	ALBERTO RODRIGUEZ.
EL VIZCONDE DE SEDALINA.	GERARDO PEÑA.
MOLINA.....................	RICARDO GUERRA.
ROLDAN.....................	JOSÉ ALVERÁ.
LOPEZ.......................	ENRIQUE OLIVA.
JUAN........................	MELCHOR RAMIRO.
VALENTIN....................	N. N.
UN PORTERO.............. .	N. N.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

DON RICARDO MORALES.

La sinceridad nos dicta una CARTA de gratitud y admiracion hácia tí; despues de escrita, réstanos sólo ENTREGARLA, y suplicarte la aceptes con el mismo cariño con que te la ofrecen tus afectísimos

Los autores.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio de pintura y escultura de Miguel y Andrés. Cuadros, bustos, estátuas, muebles antiguos, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, despues MIGUEL y el PORTERO.

ANDRES. (Delante de un caballete observando el efecto con la paleta en la mano.) Ya no se parece! es una estupidez que todas las cabezas de mujer que hago se han de parecer á ella. Cómo se amanera uno sin notarlo! Bueno. (Pintando.) Esto es otra cosa.

MIGUEL. (Dentro.) Una barbaridad! Sí señor. (Aparece por el foro y se vuelve á contestar.) Pues precisamente por eso es una barbaridad.

ANDRES. Qué es eso, hombre, qué te ocurre?

MIGUEL. No le rompo el alma no sé por qué.

PORT. Peru señuritu...

MIGUEL. Silencio!

ANDRES. Pero hombre, qué te ha hecho?

MIGUEL. Que llega una carta urgente ayer tarde, y me la entrega ahora.

ANDRES. Vaya una cosa!

MIGUEL. Cómo! Una carta de Lola...

ANDRES. (Riendo.) Ah... Bah!

MIGUEL. De Lola... sí señor, de Lola, la vecina de enfrente, la del cuarto piso... la mujer más bonita del orbe é islas adyacentes. Chico, diez y ocho años, una boca así, un pie así, unos ojos así... y rubia, rubia como Ceres! (Al Portero.) Como Ceres... una deidad mitológica.

PORT. Señuritu...

MIGUEL. (Gritando.) Mitológica. (Transicion.) Pero si tiene cara de bruto. (Á Andrés.) Si no hay más que mirarle.

PORT. No empecemus con indiretas.

MIGUEL. (Cogiendo un busto de yeso, va á arrojarlo sobre el Portero, que huye.)

ANDRES. Qué diablos vas á hacer?

MIGUEL. Iba á tirársele á la cabeza.

ANDRES. Qué atrocidad!

MIGUEL. Tienes razon: es el busto de Homero y se me iba á estropear.

ANDRES. Déjale ya, al fin tienes tu carta.

MIGUEL. Sí, á buena hora. Mira. (Lee la carta.) «Querido Migel.»

ANDRES. Bien!

MIGUEL. Hombre, una falta cualquiera la tiene. «Te espero...»

ANDRES. Con ache.

MIGUEL. «Hoy.»

ANDRES. Sin ache.

MIGUEL. «Para que vayamos...»

ANDRES. Con b.

MIGUEL. «Al Bazar de la Union.»

ANDRES. Con u.

MIGUEL. Claro.

ANDRES. Cómo! Claro? es con b.

MIGUEL. Qué barbaridad! Union con b.

ANDRES. No, hombre! *Bazar*.

MIGUEL. Ah! ya. «Y si no vienes...»

ANDRES. Con...

MIGUEL. Con demonios. (Separándose de Andrés.)

ANDRES. Já, já, já!

MIGUEL. Si vieras qué gana de risa tengo yo... «y si no vienes, todo lo que había entre nosotros se acabó.»

ANDRES. Conque ha escrito se acabó?

MIGUEL. Con tinta! (Con mal humor, yendo á sentarse a un extremo del estudio.)

ANDRES. Te has enfadado, Miguel?

MIGUEL. Naturalmente, hombre.

ANDRES. No veo la naturalidad.

MIGUEL. Yo sí. Figúrate que la tia de esta muchacha la tiene dominada.

ANDRES. Bien y qué?

MIGUEL. Que esto es cosa de la tia.

ANDRES. No seas tonto. Le cuentas lo que ha pasado á la muchacha.

MIGUEL. Y qué?...

ANDRES. Y que se lo cuente á su tia...

MIGUEL. Quiéres hacerme el favor de no burlarte de mi disgusto?

ANDRES. Pero qué á pecho tomas estas majaderías.

MIGUEL. Qué quieres, chico, no lo puedo remediar, no soy como tú, de granito, de roca. Ya lo sé. Qué le vamos á hacer?

ANDRES. Pero muchacho, si el amor es una papa!

MIGUEL. Vaya un lenguaje para hablar de amor.

ANDRES. Sí, hombre, sí. No hay más que una cosa verdadera.

MIGUEL. Cuál?

ANDRES. Pintar cuadros como Rosales; venderlos como Fortuny y dormir tranquilo. ¿Duermes tú acaso cuando te enamoras?

MIGUEL. No.

ANDRES. El insomnio, la fiebre, la duda... ya he pasado yo todo eso cuando era jóven.

MIGUEL. (Ironía.) Salud, respetable anciano: cómo estás de la gota y el reuma!

ANDRES. Ahora estoy admirablemente. Respiro, duermo, disfrufruto. Por qué? Porque convencido de que el amor es una solemne tontería, le he eliminado de mis costumbres.

MIGUEL. Velay usté! como dice la portera! Creerás que has dicho algo.

ANDRES. Sí.

MIGUEL. Y Magdalena?

ANDRES. Hombre! (De mal talante.)

MIGUEL. Nada, nada! Y Magdalena? Lo ves? Estás cogido! Verdad es que como esa Magdalena no hay otra, miéntras que como mi ex-novia... ¡Eche usted Lolas! Con todo, siento haber perdido á mi Lola vigésimaoctava! Reina de mi pensamiento.

ANDRES. Já! já! já!

MIGUEL. Ríete, ríete, que ya caerás.

ANDRES. Nunca.

MIGUEL. Como todo el mundo.

ANDRES. Nunca.

ESCENA II.

DICHOS, MAGDALENA, que entra con su labor de bordado en la mano.

MAG. Buenos dias. Se puede pasar?

MIGUEL. ¡Magdalena! (Tararea la marcha real.) Venga usted aquí, *Fornarina*, venga usted á protestar contra las paradojas de este *Rafael*.

MAG. Cómo? No entiendo.

MIGUEL. No importa, Proteste usted.

MAG. Vamos, hombre, pues protesto! (Alegremente.)

MIGUEL. Muy bien. Pasemos á la órden del dia.

MAG. Me queda aún un rato ántes de ir á mis lecciones, y he dicho: vamos á ver lo que dicen estos caballeros.

MIGUEL. Bravo!

MAG. Pero trabajaremos! Los tres vivimos del trabajo, y juntos trabajaremos de mejor gana.

MIGUEL. Sí, esto es bastante poético: yo estoy siempre por lo poético!

MAG. (Ap.) (Y Andrés no me dice nada!) (Con tristeza.)

MIGUEL. (Buscando un cincél.) Tra la lá... Dónde habré yo puesto el cincél? Tra la lá... Lo que aquí se pierde cualquiera

lo encuentra! Tra la lá... Estoy cantando cuando tengo la muerte en el alma.

MAG. Usted?

MIGUEL. Yo, hija mia, yo! He sido abandonado por una Lola! (Cantando él final del miserere del Trovador.)

Oh Lola mia,
yo mí sento morìr.
Addío...
Tralala lá... la la lá.

Pero dónde estará este cincel ó este cuerno! (Sale por la izquierda.)

MAG. (Á sí misma.) Puede acabarse el amor?!

ANDRES. (Aprovechando la salida de Miguel, va al lado de Magdalena.) Qué tienes, Magdalena?

MAG. Yo? nada... no... solamente que como al entrar no me has dirigido ni una palabra, ni una mirada... tenía pena... un poco de sentimiento. Pero, no... no... ya se acabó!

ANDRES. No... Magdalena... (La coge las manos.) no se acabó.

MAG. (Me quiere... sí, me quiere todavía!...) (Andrés la besa la mano en el momento en que Mignel vuelve á aparecer por la izquierda y tararea el vals de Barba-Azul.) Ah! Miguel. Venga usted! estoy muy contenta... usted no sabe?... Hace algunos dias tenía un miedo!... Andrés estaba distraido.

ANDRES. Yo?... ¡Qué idea! no...

MAG. Sí señor, usted... y se retiraba muy tarde: Miguel, anoche, le senti subir por la escalera á la una y media.

MIGUEL. Á la una y media! ¿Y de dónde venías, desgraciado, á esa hora inconveniente?...

ANDRES. (Con dificultad.) Hombre por Dios!... Yo tengo una familia y...

MAG. (Á Miguel.) Ah!

MIGUEL. Una familia? Ah, sí... tu tio... un antiguo comerciante de Torrelodones... Precisamente he recibido hoy un telégrama de allí para que acabe pronto el San Juan Evangelista!... ¿Venías de casa de tu tio?

ANDRES. Tú lo has dicho.

MAG. Oh! eso es otra cosa; pero no se puede remediar... He tenido un miedo... creí que había dejado de quererme...

MIGUEL. Cesar de querer á usted? Imposible! Á usted!... á Magdalena!... á la Nena: como llamábamos á la pobre niña que pedía limosna cantando por las calles... cuando estábamos pensionados en Roma!... No piense usted tal cosa, no es posible olvidar á Nena, que como ahora alegraba nuestras horas de trabajo, á nuestra protegida, á la discípula de nuestro compañero Roman que logró sacar una gran artista de piano. (Magdalena va á responder modestamente y Miguel la detiene con el gesto y continúa.) Si señor, una artista... cosa facilísima, porque los italianos nacen en sí bemol... Tengo la seguridad!... En ese pais nacen cantando Guillermo Tell los varones, y el ária del Barbero las niñas!...

MAG. Oh! sí: trabajé con mucha fe... porque ser pianista, dar lecciones y ganarse su vida... ¿verdad, Andrés, que era un bonito sueño?

ANDRES. Ese sueño es ya una realidad, Magdalena.

MIGUEL. Cesar de quererla! ¡Me gusta la idea!... Como que se puede olvidar Andrés de su enfermedad, de las dichosas fiebres de Italia... cuando usted cuidaba con aquel cariño, á este tunante y le hacía la *tisana azul*... Tener una niña al lado de la cabecera que le trae á uno tisanas azules! Todos los pícaros tienen fortnna.

MAG. Vaya una cosa!

MIGUEL. Vaya una cosa? Yo he tenido quien me adorase, porque me lo han jurado!... pero cuando estaba enfermo todas me decian: «Mira Miguelito, es preciso que te cuides...» «Adios monin mio, que te alivies.»

ANDRES. Hombre, no digas más tonterías.

MAG. Tonterías?

MIGUEL. Tonterías!... Ya le oye usted... Tonterías... Déjele usted, no hay que hacerle caso! No debía usted haber venido á Madrid, ni vivir en el cuarto de al lado, ni mirarle á la cara... es un tipo!... Yo soy siempre el mismo... invariable... Yo veré siempre en usted la Nena que cantaba

delante del estudio y...

MAG. Se acuerda usted todavía de la cancion de la Poverina que le gustaba entónces tanto?

MIGUEL. Qué si me acuerdo? Ya lo creo; como que la cantamos todos los dias. (Llaman á la puerta del foro.)

ANDRES. Adelante.

MIGUEL. Adios mi dinero. Los aficionados... los *amateurs*... Esto es insufrible! Cuando uno se dispone á trabajar vienen á molestarle.

ESCENA III.

DICHOS, ROLDAN, LOPEZ.

LOPEZ. Oh jóvenes amables, que... á los piés de usted, señorita. (Magdalena saluda y se dirige al foro.)

ROLDAN. Se va usted porque venimos nosotros?

LOPEZ. Se asusta usted de los hombres...

MAG. Oh, no; es la hora de mis lecciones, y por eso...

LOPEZ. Si tiene usted miedo de ir sola...

MAG. No... no señor.

ROLDAN. Hay hombres muy atrevidos.

MAG. Sí, algunos hay. Esta mañana al venir á casa, un jóven muy extravagante y muy ridículo, en medio de la calle de la Luna, y delante de todo el mundo, me iba á abrazar.

ANDRES. Hombre!

MIGUEL. Qué imbécil!

ROLDAN. Si lo veo lo mato!

MAG. Yo, en el primer momento, al verle acercarse en tal actitud, volví el brazo y le dí tal abanicazo, que le rompí los lentes.

MIGUEL. Bien hecho!

MAG. En qué país vivimos! Señores... (Saludando.) Nos veremos luégo? (Á Andrés.)

ANDRES. Sí... luégo... sí.

LOPEZ. Adios, niña.

MIGUEL. (Á voces.) *Adío, nena.* (Váse Magdalena.)

LOPEZ. Amigo, este cuadro marcha.

ROLDAN. Con permiso de ustedes me siento, estoy partido; estos malditos testigos me han hecho andar tres leguas.

MIGUEL. Testigos! Otro duelo?

ROLDAN. Sí, por una tontería; un muchacho que en el paso de las butacas del Real me tropezó con un codo. Esta mañana fuimos al *terreno*, en las Rozas, en el monte de...

MIGUEL. Y qué, le ha herido usted?

ROLDAN. No, lo arreglaron los padrinos. Yo no quería hacerle daño, ya comprende usted! Diez años de sala de armas! Tengo una serenidad... despues de la guardia espero con calma... ataca, paro; una en tercera; el quite; parte; paro, cuarta... (Todo acompañado de la accion.)

LOPEZ. Hombre, y has ido en el tren á un duelo?

ROLDAN. Si.

LOPEZ. Habérmelo dicho y te hubiera mandado un coche. Precisamente he comprado ahora un tronco... una alhaja, una divinidad.

MIGUEL. Caballar!

ANDRES. Muy caro?

LOPEZ. No. Cuarenta mil reales. Esta vida *chic* me cuesta un sentido.

ANDRES. Ya lo creo.

LOPEZ. Yo que voy á tanta *soirée*, á tanto *lunch*, cuarenta y ocho reales de guantes cada noche.

MIGUEL. Cuarenta y ocho?

LOPEZ. Tres pares, ¿qué ménos? En cuanto baila usted una polca, ya aquel par *fanné*, toma usted el té, y el otro par *defraichie*. Oh! es carísimo esto de vivir de un modo *fashionable!*

ESCENA IV.

DICHOS, MOLINA, con el cabello largo y la barba descuidada en un traje con pretensiones de negligencia y excentricidad.

MOLINA. Salud, caballeros. (Á Miguel.) Oye, tú, compadre, tienes las aguas fuertes de Rembrandt? Las necesito para una

quisicosa que estoy haciendo.

MIGUEL. Sí, en ese cuarto, busca en una de las carteras; creo que están en la verde. (Roldan y Lopez saludan á Molina.)

MOLINA. (Á Miguel.) (Quién es esta gente?

MIGUEL. (Presentándoles.) El señor de Roldan, el señor Lopez, mi amigo Molina, artista.

LOPEZ. (Sonriendo.) Sí, ya se conoce.

MIGUEL. Ya lo creo: lo que él sentiría más sería que no se conociese tanto.

MOLINA. Qué gracioso es! y qué guason! eh?

MIGUEL. Por qué no te cortas esas melenas, hombre! Si no cuesta más que un real!

MOLINA. Y á mí qué me importa? Crees que soy yo por ventura la *Moda elegante ilustrada*?

MIGUEL. No, chico, no.

MOLINA. Yo soy artista, desgraciadamente, porque el arte ha muerto! Ya no hay genios. Dónde están las aguas fuertes?

MIGUEL. En la cartera verde.

MOLINA. (Encendiendo un fósforo en la bota para encender la pipa.) Rembrandt! Eso era un hombre, tenía un vigor, un claro-oscuro...

ANDRES. Y se cortaba el pelo.

MOLINA. Le tenía más largo que yo! Pero ahora, qué se hace en pintura? qué en escultura? Nada, hombre, nada. El arte ha muerto! (Váse segunda izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, EL VIZCONDE DE SEDALINA.

VIZC. Pues entónces viva el amor.

LOPEZ. Sedalina!

LOS DEMAS. Vizconde!

VIZC. Buenos dias, Andrés. Hola, Lopez! Adios, Roldan. Qué hay, Miguel? Trabajando, eh? Dichosos ustedes. Yo no tengo tiempo.

TODOS. Bah!

ANDRES. Y por qué?

VIZC. Las mujeres, caballeros, las mujeres!

TODOS. (Riendo.) Ah ya!...

VIZC. No lo puedo remediar; tengo una debilidad, un flaco... las rubias! El año pasado fueron las morenas, una série... qué série! Ah! no sabeis, Fanny! Recordais?... Hemos tronado. Naturalmente; se enteró de mis amores con Rosita y han regañado ellas. Ay qué Rosa! No os podeis imaginar lo que vale. Qué lance! delicioso, chicos, delicioso!

ROLDAN. El diantre eres, Sedalina. (Con sorna.)

VIZC. Las cuatro de la tarde. Pero señores, á qué hora se bebe hoy el Jerez?

ANDRES. Es verdad! (Levántandose.)

MIGUEL. (Sirviendo.) El Jerez que se desea!

LOPEZ. Caballeros, cigarros habanos legítimos; me los traen expresamente.

VIZC. No sabeis lo grande?

MIGUEL. Qué es lo grande?

VIZC. Que mi padre me casa. Un padre moral como todos los padres de provincias. Yo he pedido la mano de una muchacha muy rica, que Andrés conoce!

ANDRES. Yo la conozco? Quién es...

VIZC. Oh! Eso se dirá más tarde. Pero no me desacreditarás para con el padre! No le contarás mis aventuras?

ANDRES. Hacer traicion á un amigo! No faltaba más.

VIZC. Oh! Las aventuras me persiguen. No puedo dar un paso sin tropezar con una. Esta mañana en la calle de la Luna!...

MIGUEL. Primera aventura del Vizconde de Sedalina, hidalgo, natural de Torrelaguna. Capítulo primero. (Llenando las copas.)

VIZC. Pues como iba diciendo, me encontré con una damisela, y le dí un abrazo como vía de prólogo.

MIGUEL. El diantre eres, Sedalina.

VIZC. «Caballero... qué atrevimiento! qué se ha creido usted?» Nada, vida mia, no creo más que...

MOLINA. (Saliendo) Eh! venga Jerez, canastos.

ANDRES. Calla, y no interrumpas.

VIZC. Creo sólo... en que la adoro.—Imposible! Por qué?— Ya ve usted... En fin, que la he acompañado y tengo una cita para esta tarde.

MOLINA. Tiene usted rotos los lentes, Vizconde.

TODOS. Já, já, já!

MIGUEL. Todo se sabe!

VIZC. Pero señores...

LOPEZ. Valiente abanicazo.

MIGUEL. Segunda y última aventura del Vizconde de...

VIZC. No he sido yo... es decir, sí; bien... y qué... Yo me dejo pegar por las mujeres, porque las adoro.

ROLDAN. Yo tambien me he batido por ellas quince veces.

LOPEZ. Á mí me arruinarán. He hecho un viaje á Lóndres solamente para cómprar un collar de tres vueltas de perlas en casa de Mortimer.

MOLINA. Cuando yo compre perlas á una mujer, ya habrá llovido!

LOPEZ. Oh! Que un hombre se arruine por una mujer, es delicioso!

ANDRES. Sí; pero que un hombre de talento tome el amor en serio, es un absurdo.

MIGUEL. Se critica y se desprecia á las mujeres? Pues aquí estoy yo para defenderlas. Adelante!

ROLDAN. Amigo mio! Yo tenia una novia á quien adoraba! Pues bien, me engañaba con un brasileño. Fuí á buscarle!...

MIGUEL. Y le mató usted, convenido. Pasemos un poco á cuchillo al Brasil

ROLDAN. No; lo arreglaron los padrinos.

MOLINA. Se puede acaso trabajar teniendo amores? Siempre se encuentra uno las mujeres en el bolsillo!

MIGUEL. Todos los grandes artistas han amado.

ANDRES. Quita de ahí.

MOLINA. El amor es inútil. Saben ustedes lo que decía á los romanos *Quintus Metellus*?

ANDRES. Dí.

MIGUEL. Á ver...

MOLINA. Aquel era un romano barbian! Pues les decia... Quién me dá tabaco?

MIGUEL. Luégo! venga el discurso.

MOLINA. Romanos, sí: las mujeres son coquetas, falsas, insoportables...

TODOS. (Ménos Miguel.) Já, já, já!... Bravo!...

MIGUEL. Protesto, protesto. (Confusion.) Órden.

ANDRES. Mira, Miguel, es preciso que te convenzas de que...

MIGUEL. Ah! tiene la palabra don Andrés Velasco, jóven-*anciano* lleno de experiencia!

ANDRES. Viejo! Porque no hablo con pena de mis veinte años; de mi juventud, de todo ese cúmulo de sandeces que los poetas han inventado. Por la gran razon de que se tienen veinte años, es preciso regalarse trencitas de pelo, y sortijas con una inscripcion que diga: «Carolina ó Felipa, trece de Octubre de mil ochocientos setenta y seis..» Esto es lo sublime, verdad?

MIGUEL. Pero en fin, qué es lo que tú quisieras?

ANDRES. Yo? que se supriman los sonetos, las violetas y los rayos de luna como excitacion á la tontería. Quiero que se supriman las ventanas con enredaderas; las jóvenes que se permitan regar los alelíes y cuidar sus jilgueros.

MIGUEL. Pero hombre, qué te han hecho los jilgueros?

ANDRES. Me azaran esos pianos con plumas!... Quiero tambien que no se diga de la mujer amada: «no es como las demás. Es un ángel!»

MIGUEL. Por qué?

ANDRES. Porque quince dias despues hay que decir todo lo contrario. El amor, los juramentos!... No sé cómo un hombre formal puede tomar en sério estas pamplinas. Una novia, así... vamos, de ocasion... pase, se la deja con facilidad. Se la dice, «hija de mi vida, ayer te amaba; hoy no... en paz!» Ella se enfurece, quiere matarse...

ROLDAN. Las mujeres no se matan nunca.

MOLINA. Nunca, leed *La Correspondencia*. «Los vecinos notaron un olor fuerte de carbon; forzaron la puerta y encon-

traron á la jóven.»

ANDRES. (Riéndose.) «Los eficaces socorros que le fueron prodigados la devolvieron á la vida!»

MOLINA. Se atribuye su fatal resolucion á un desengaño de amor.

MIGUEL. Pero señores...

ANDRES. Á los dos meses ve uno aquel poema de juventud cenando en los Andaluces...

MOLINA. El carbon ha cambiado de sitio y de objeto, se pone debajo del *bifteaff.*

VIZC. Todas las mujeres se consuelan! No hay más que ver las viudas!

TODOS. (Ménos Miguel) Oh' Las viudas!

MIGUEL. (Furioso.) Eah! Señores... estais locos. La mujer es el corazon, la fuerza, la generosidad, el sacrificio, el amor, la vida, todo!

TODOS. Já, já, já!

IGUEL. Las mujeres son ángeles: ¡vivan las mujeres! Abrid la historia ypresentadme una, una sola que no haya sido un ángel.

ANDRES. Eva, que perdió al primer hombre.

MIGUEL. Sí, pero le siguió en su destierro, sufrió con él, y le dió su amor, el verdadero paraiso que Dios crió. Ea!

MOLINA. Y Lucrecia Borgia?...

MIGUEL. Resultado de una mala educacion. Mujer digna de lástima!

VIZC. Y bien, y...

MIGUEL. Y bien; y las viudas del Malabar, que se arrojan al fuego para ser siempre fieles á sus maridos? Las mujeres son sublimes.

ANDRES. Yo te digo que...

MIGUEL. Y yo te digo á tí, que eres un tipo. Porque con todas tus pretensiones de hombre insensible, tienes tu flaco, y cuando estás solo amas!...

ANDRES. Y tú no tienes tu flaco?

MIGUEL. Ninguno.

ANDRES. Pues bien, señores, que se sepa! El flaco de Miguel es no querer estar gordo. Cuando estaba en relaciones con

Lola se sangraba.

TODOS. Ah!... ah!...

ANDRES. Su flaco es ser flaco.

TODOS. Já, já, já!

MIGUEL. Y no estoy grueso, no señor, tengo músculos; pero eso qué tiene que ver?

ANDRES. (Señalándole al vientre.) Y eso?

MIGUEL. El estómago, señor!

ANDRES. (Riendo.) Decididamente está delgado.

ROLDAN. (Id.) Tísico.

LOPEZ. Á Panticcsa, amigo mio.

VIZC. Pobrecito! Tan jóven y ya tan desdichado.

MOLINA. Toma leche de burras! Las hay en el barrio.

MIGUEL. En el barrio hay?

MOLINA. Magníficas!

MIGUEL. (Ap.) (Pues asnos tan poco faltan!) (Llaman á la puerta de foro.) Silencio, que llaman. Adelante.

ESCENA VI.

DICHOS, D. SANTIAGO SAN JUAN.

SANT. Ustedes dispensen á un profano como yo!

ANDRES. Tio!

MIGUEL. Señor don Juan! Pase usted y tome asiento! (Le ofrece un asieato.)

SANT. Con mucho gusto, porque ustedes los artistas viven tan alto que francamente... Y eso que yo no he vivido siempre en cuarto principal en la Carrera de San Gerónimo.

MIGUEL. Y no obstante, estaba usted tan bueno y tan...

SANT. Sí señor, de jóven me sucedía lo que á usted. Estaba tan grueso...

TODOS. Já, já, já!

MIGUEL. (Ap.) (Qué estúpido es este hombre!)

ANDRES. Tio, tengo el gusto de presentar á usted á mis amigos Roldan, Lopez, Molina...

SANT. Artistas, segun veo. Yo, señores, no soy más que un simple...

TODOS. Oh! no!

SANT. Sí señores, un simple comerciante que llegó á Madrid con alpargatas y seis reales y medio en el bolsillo! He hecho una fortuna. Pero es que yo tengo una fuerza de voluntad!... Cuando me empeño en una cosa, soy una barra de hierro!

MIGUEL. Oh! Pero don Santiago ha manejado tambien la pluma; su libro sobre la esclavitud y el cultivo del algodon...

SANT. Conocía la cuestion, y eso es todo. Por lo demas, yo soy abolicionista. Es claro. Soy hijo de mis obras. Llegué á Madrid con alpargatas...

MIGUEL. Y seis reales...

SANT. Y medio! en el bolsillo.

ANDRES. (Bajo á Miguel.) Cállate.

SANT. Yo soy un simple comerciante, pero aprecio mucho á los artistas. Los hay que ganan mucho dinero. Por eso cuando mi sobrino Andrés quiso ser pintor...

MIGUEL. Le echó usted de su casa!

SANT. Es claro! porque dudaba de su vocacion, pero hoy le abro mis brazos. (Andrés se acerca á él.)

MIGUEL. Hoy le encarga cuadros el Gobierno!

SANT. Es verdad, y hoy no dudo de llamarle yerno!

TODOS. (Miran á Andrés.) Eh!

MIGUEL. Su yerno?

SANT. Sí señor, no lo saben ustedes? No se lo ha dicho? Qué picaron! Sí señores, le doy mi hija única, Cecilia. Señor de Sedalina, usted comprenderá que este compromiso anterior me impide acceder á sus deseos. En otro caso...

VIZC. Oh! mil gracias.

SANT. (Ap. al Vizconde. (Ademas, ella dice que no le ama á usted.

MIGUEL. Cómo! Te casas y me lo ocultabas?

ANDRES. Hombre, como todavía no es cosa hecha...

SANT. Qué dices? Si esta noche se firman los contratos. No les ha convidado á ustedes á la reunion?

MIGUEL. No!

SANT. Pero hombre, en qué piensas? Doy un bailecito, y cuen-

to con ustedes! Digo, si es que...

LOPEZ. Con mucho gusto!

ROLDAN. Ya lo creo, y mil gracias!

SANT. (Á Molina.) Y usted? amiguito!...

MOLINA. Yo! (Ap.) (Si no tengo ropa negra!)

SANT. Vamos! Tendré mucho gusto, anímese usted.

MOLINA. (Hasta la noche tengo tiempo de buscar.) Acepto.

SANT. Señores, hasta luégo: sin etiqueta, eh? sin etiqueta. Excuso decir á ustedes... Gracias! Vaya, Santiago San Juan y San Pedro, Carrera, quince, saben que pueden mandar. (Váse. Todo esto al ir al foro. Todos saludan.)

MOLINA. Santiago San Juan y San Pedro. (Á Andrés, que vuelve. Conque eres sobrino de los apóstoles?

ESCENA VII.

DICHOS, ménos D. SANTIAGO.

MIGUEL. Conque es verdad!...

ANDRES. (Friamente.) Ya has oido que esta noche se firma el contrato.

MIGUEL. Ah!

VIZC. Hay un pequeño obstáculo.

ANDRES. Cuál?

VIZC. Magdalena.

LOPEZ. Se arrepentirá en el último momento.

ROLDAN. Es claro, la fuerza de la costumbre!

MOLINA. Y decía que era tan fácil aquello de... «ayer te amaba, hoy no, en paz.» Eso no hay quien lo diga.

ANDRES. No, pero hay quien lo escriba. Voy á escribir á Magdalena.

MIGUEL. Andrés! eso no es posible.

ANDRES. Por qué?

MIGUEL. Porque la amas! Porque el dia que la digas que ya no la quieres, se acabará todo entre vosotros y para siempre! No seas niño, Andrés, no seas niño. (Andrés los mira un momento, sonríe con frialdad y va á la mesa y coge la pluma.)

LOPEZ. La escribe. (Andrés se detiene un instante.)

MOLINA. No la escribe!

VIZC. Ves como duda?

ANDRES. No, es que á la verdad, cuesta un trabajo encontrar las primeras frases... (Á Miguel.) Ah! Tú que eras fuerte en epistolas amorosas, díctame una.

TODOS. Bravo!

VIZC. Soberbio!

MIGUEL. Hombre, quiero ver hasta dónde llegas. «Magdalena... me has amado; has sido para mí como una hermana; me has salvado la vida!» (Ahora me lo dirás.) Escribe, hombre, escribe. «Olvida mi promesa, mis juramentos. Magdalena, ya no te amo.» Firma. (Andrés firma y cierra la carta.) (Ap.) (Nunca lo hubiera creido.) (De muy mal humor.)

VIZC. Señores, es un valiente!

MOLINA. Un barbian!

ANDRES. (Á Miguel.) Esta carta se la entregarás tú á Magdalena.

MIGUEL. Pero esto es formal?

VIZC. Magnífico... Dí, Andrés, una vez que dejas una vacante... no te enfadarás porque la pretenda...

ANDRES. Eh!! (Transicion.) Libertad completa.

LOPEZ. Es un gran hombre! Propongo que se celebre el entierro de su vida de soltero en el Café Inglés!.. Os convido.

ANDRES. (Se quita la americana y se pone una levita.) Al Café Inglés!...

TODOS. Al Inglés!!

LOPEZ. (Á Molina.) Vienes!...

MOLINA. Imposible! (Ap.) (Tengo que salir á caza de un traje negro.)

ROLDAN. En marcha. (Salen alegremente por el foro. En el momento en que Andrés llega al dintel de la puerta, se oye en el piano de Magdalena la cancion de la Poverina que se indicó en la escena segunda. Andrés queda inmóvil. Miguel se acerca á él.) Oye, oye la cancion de la Poverina.

MIGUEL. Magdalena que ha vuelto ya!

ANDRES. (Conmovido.) Sí.

MIGUEL. Magdalena, que piensa en tí, y cree que es amada... ¡Vamos, qué diantre!.. (Saca la carta para devolvérsela.)

LOS JÓVENES. (Desde fuera llegando á la puerta del foro.) Pero Andrés... Hombre!...

ANDRES. Ya estoy, vamos...

MIGUEL. (Se queda un momento oyendo.) La Poverina... (Cantando.) Y tan Poverina!... (De repente con una enérgica transicion y en voz muy alta.) Decididamente los hombres son muy estúpidos! (Guarda la carta en el bolsillo y sale bruscamente por el foro.) Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon elegantísimo en casa de D. Santiago. Puertas al foro y laterales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

D. SANTIAGO, despues CECILIA.

SANT. (Hablando en la puerta segunda derecha con los de dentro.) Encended ya, que no falte nada, que todo esté muy en su punto. Sobre todo cuidado con el ponche! (Viniendo á primer término.) Ay que lío, señor! Las ocho y media. No tardarán en venir. Dios quiera que no falte nada. Porque luégo todo lo critican y... (Viendo á Cecilia.) Ah! eres tú...

CECILIA. (En traje de baile.) Ha venido mi primo?

SANT. No: pero eso no tiene nada de extraño, es muy temprano, quiero decir... que no es tarde y que... qué elegante estás!

CECILIA. Calle usted, papá. Estoy volada!

SANT. Cómo volada?

CECILIA. Las modistas no hacen más que su gusto. Mire usted qué vestido.

SANT. Sí, muy buena clase, un gró muy...

CECILIA. No es eso.

SANT. Cómo que no?
CECILIA. Dale! si digo que no es *chic*.
SANT. Qué ha de ser sic? es gró y rico.
CECILIA. Pero papá, ¿usted no sabe lo que es *chic?*
SANT. *Noc!*
CECILIA. Qué gana de broma! Parezco una colegiala.
SANT. Y qué mal hay en eso?
CECILIA. Cómo? Tengo ya diez y siete años!
SANT. No, hija mia, diez y seis.
CECILIA. Muy cerca de los diez y siete! Á esa edad, una persona razonable, una persona formal...
SANT. Chica!
CECILIA. (Enojada.) No me llame usted chica, papá.
SANT. Pero mujer...
CECILIA. Eso!...
CRIADO. La señora viuda de Pié!
CECILIA. Mi madrina!

ESCENA II.

DICHOS, la SEÑORA DE PIÉ.

SANT. La señora de Pié!
SEÑORA. Buenas noches, San Juan. Adios, Cecilia, cómo va?
SANT. Perfectamente, gracias.
CECILIA. Cómo me alegro de que venga usted tan temprano!
SEÑORA. Por tí vengo, hija mia, únicamente.
SANT. Mil gracias!
SEÑORA. Sí señor, por ustedes, porque estoy hoy tan nerviosa... Me he retrasado algo, porque he estado en el colegio de mi niña á llevarla una muñeca.
CECILIA. Pero juega aún con las muñecas Consuelo?
SEÑORA. Ya lo creo, hija mia.
SANT. Á los trece años?
SEÑORA. No, no! si tiene nueve.
SANT. Ah! vamos, yo creí... (y lo creo todavía.)
SEÑORA. En cuestion de edades es tan difícil adivinar.. .
CECILIA. lo creo!

SEÑORA. Verdad? Mire usted, San Juan, podrá usted creer que nadie adivina la edad que tengo?

SANT. No, eh?

SEÑORA. No, y tengo...

SANT. Treinta y cuatro años.

SEÑORA. Justamente. Cómo adivinó usted!

SANT. Oh, señora, lo sabía. (Desde hace quince)

SEÑORA. Conque esta noche...

SANT. Sí señora, esta noche se firmará el contrato.

CECILIA. Ya era tiempo!

SEÑORA. Yo no tengo prisa por volverme á casar, y eso que desde que enviudé, todo el mundo me lo aconseja... pero hay tiempo; luégo la memoria de aquel *Pié*...

SANT. Que pié?

CECILIA. Su esposo, papá!

SANT. Es verdad, mi amigo el señor de Pié, que guapo mozo! Me acuerdo de un dia de formacion que pasaba revista el rey y le ví de uniforme.

SEÑORA. Á Pié?

SANT. No señora, á caballo.

CECILIA. Papá, que te distraes!

ESCENA III.

DICHOS, ANDRÉS, sucesivamente ROLDAN, VIZCONDE, LOPEZ y MOLINA.

ANDRES. (Dentro.) En esta sala? Bueno!

SANT. Ahí está Andrés. Vamos, hombre.

CECILIA. Gracias á Dios!

SEÑORA. Le esperan á usted con impaciencia.

ANDRES. (Saludando.) Señora...

CECILIA. Tu reloj debe atrasar, primo.

ANDRES. Diré á ustedes. Lo he sentido en el alma. Pero los amigos me han cogido por su cuenta y... en la mesa, naturalmente, se habló de mi boda.

SANT. De su felicidad.

ANDRES. Es cierto, de mi felicidad, eso he querido decir; de

modo que hablando y...

SANT. Claro, hombre, claro. (Á su hija.) Ya ves...

SEÑORA. Si se ocupaban de tí es una excusa.

SANT. Pero no has traido á los amigos?

ANDRES. Sí tio, vienen conmigo.

CECILIA. Qué amigos?

SANT. Unos que he convidado. (Hace falta quien baile, hija.)

CRIADO. El señor Roldan, el señor Lopez...

SANT. Señores! Celebro tanto!...

LOPEZ. Oh por Dios! nosotros somos los que...

ROLDAN. Nosotros verdaderamente somos los...

SANT. Un baile de confianza. Sin etiqueta, yo no soy más que un comerciante que... Ah! se me olvidaba! Mi hija, señores!

CECILIA. Celebro mucho que hayan ustedes aceptado la invitacion de papá.

ROLDAN. Señorita, es una honra que...

LOPEZ. Es guapita! Andrés, mi enhorabuena! (D. Santiago los presenta á la viuda.)

CRIADO. El señor Vizconde de Sedalina.

SANT. Hola!

VIZC. Señorita... Señor San Juan! (La casan con otro; pobre muchacha, me echará tanto de ménos.)

SANT. Y no saluda á la viuda! Pst! Pst! No me entiende. (Le hace señas, y el Vizconde continúa distraido.) Que tiene usted allí á la señora viuda de Pié!

VIZC. (Saliendo de su abstraccion y cogiendo una silla con la mayor rapidez.) Ah! Señora, tome usted asiento!

SEÑORA. Gracias. (Á Cecilia.) Qué significa!

CECILIA. Estos jóvenes son tan atolondrados!..

ROLDAN. (Que desde la presentacion continúa con Lopez al lado de la señora viuda.) Pié? Tuve un lance con él.

SEÑORA. Un duelo! Con Pié?

ROLDAN. Oh! pero se arregló afortunadamente.

LOPEZ. Un bravo militar. Anoche precisamente se hablaba de él en casa del ministro de la guerra.

ANDRES. Tú tratas al ministro.

LOPEZ. Ya lo creo! Íntimo amigo mio; lo conocí en Versalles comiendo juntos en casa de *Pepe Thiers*!

SANT. Qué bien relacionado está mi sobrino! (Molina con el pelo como en el acto primero, pero con levita y pantalon negro.)

CRIADO. (Detrás de Molina apuradísimo.) Señorito... Señorito...

MOLINA. Qué hay!

CRIADO. Su gracia de usted!

MOLINA. No la he tenido en mi vida.

SANT. Oh! por fin... Otro amigo.

SEÑORA. Y sin pelo que viene el *amigo*!

CECILIA. Pero papá, qué es eso?

SANT. Un artista. Un gran pintor!

SEÑORA. Viene del Brasil? (Con ironía.)

SANT. (Sin comprender.) No sé. Se lo preguntaremos.

CRIADO. Señor, la sala está llena de gente.

SANT. Y nosotros aquí, Dios mio! Anda, Cecilia, hija mia, discúlpanos, diles lo que ha pasado y... que bailen!

CRIADO. No ha venido aún la pianista.

CECILIA. No ha venido mi profesora?

SANT. En qué estará pensando doña Rosario? Anda, hija mia, anda. Andrés, da el brazo á la Señora, ustedes andan por donde gusten; están ustedes en su casa. Que diantre de pianista! Á ver, tú, Valentin, que sirvan el ponche; qué más da, ganaremos tiempo! (Vánse la Señora, Cecilia, Andrés y D. Santiago y el Criado.)

ESCENA IV.

ROLDAN, MOLINA, VIZCONDE, LOPEZ, despues, el CRIADO con el ponche.

ROLDAN. Pues señor, Andrés es un gran hombre!

LOPEZ. Y tiene buen gusto.

VIZC. Matrimonio por cuestion de interés.

MOLINA. Tu le deseabas, no por el interés, sino por el capital.

CRIADO. El ponche.

LOPEZ. No es del todo mala esta *soirée*.

ROLDAN. Oh! no.

MOLINA. Á mí me cargan todas las reuniones; no voy á nin-

guna.

VIZC. Por qué no?

MOLINA. Porque tendría que poseer un traje negro.

LOPEZ. Y por qué no tiene usted un traje negro?

MOLINA. Porque tendría que ir á runiones.

ROLDAN. No es malo el ponche.

MOLINA. Tiene poco rom!

ROLDAN. Ea! Qué hacemos aquí? Vamos al salon!

VIZC. Sí, sí; esta noche, es noche de aventuras: debe haber unas mujeres... ¿Vienes, Lopez?

LOPEZ. Ahora voy. Me he manchado los guantes con el ponche: voy á ponerme otro par!

MOLINA. Vaya un lujo!!

ROLDAL. Es un dandy!

VIZC. Vamos. (Vánse los tres.)

ESCENA V.

LOPEZ, MIGUEL. Lopez en cuanto se queda solo mira en derredor y saca un pedazo de goma con el que se frota los guantes.

MIGUEL. (Entrando por el foro.) Sin gente que hay ya en la sala! Calla! Lopez.

LOPEZ. Unos guantes que no me he puesto más que dos veces, y cómo están ya!

MIGUEL. (Pero qué diablos estará haciendo?) (Se acerca) Já, já, já, já!!!

LOPEZ. Eh! Miguel!

MIGUEL. Caiste, amigo, caiste!

LOPEZ. Pero... si... Cómo?

MIGUEL. El hombre de los tres pares de guantes!!

LOPEZ. Me olvidé de traer otros y...

MIGUEL. Bien, bien, conozco el sistema, lo he empleado en algunas crísis financieras.

LOPEZ. Dispensa, me esperan para un vals. (Sale.)

MIGUEL. Anda con Dios. El tipo de la elegancia! Falta elegancia y sobra tipo! (Va á la puerta del salon del baile.) Ahí está la primita, que no vale la centésima parte de... Válgame

Dios! Los hombres... Niños grandes que rompen sus juguetes para llorarlos luégo.

ESCENA VI.

CRIADO, MAGDALENA, MIGUEL.

CRIADO. Pasaré el recado!...

MAG. Sí, haga usted el favor...

MIGUEL. Magdalena!

MAG. Miguel! Cómo aquí!

MIGUEL. Estoy convidado, y usted...

MAG. Una casualidad, y un compromiso de mi amiga Rosario, que siento tener que cumplir.

MIGUEL. Pues cómo es eso?

MAG. Hace una hora que me mandó llamar porque está enferma, y como es profesora de la señorita de esta casa, estaba comprometida á acompañar al piano á las que cantan, y tocar algo para bailar... en fin... figúrese usted su apuro y los ruegos que me ha tenido que hacer para obligarme á *reemplazarla*... Ya ve usted, Miguel; en primer lugar yo no tengo traje á propósito ni nada. Me he arreglado como he podido, y aquí me tiene usted... Luégo... en confianza. Nuestro señor casero tiene tan buena memoria que jamás se equivoca en ir á primero de mes. Amigo, las que tenemos la necesidad de ganar nuestra vida, tenemos que violentarnos... porque no hay remedio!

MIGUEL. Pobre niña! Pero Andrés, que gana tanto dinero... ¿no podía?...

MAG. Qué dice usted? Si algo bueno tiene el trabajo, es la independencia digna en que nos coloca. La fatiga podrá hacer tal vez que palidezca mi cara y Andrés me encuentre ménos bonita; pero cuando le tiendo mi mano, es sólo para estrechar la suya; y cuando le digo: «*yo te amo*,» no tiene derecho á dudar de mis palabras.

MIGUEL. Pero Andrés sabe que usted viene?

MAG. Ahora le dejé al salir una carta al portero.

MIGUEL. Al portero? Buena persona! La recibirá mañana por la tarde... conozco el sistema!...

MAG. Sí, eh?... Yo creía...

MIGUEL. (AP.) (Cómo hago yo para que esta pobre muchacha no presencie la infamia de Andrés?)

MAG. Pero hombre, le dura á usted aún la tristeza de su amor desdichado?

MIGUEL. Sí...eso es...

MAG. Y está usted de baile... Me gusta la lógica.

MIGUEL. De baile... (Qué diantres inventaria yo para...)

MAG. Se volvió usted á ensimismar...

MIGUEL. Es por usted, Magdalena.

MAG. Por mí?

MIGUEL. Por usted!

MAG. Pues qué ocurre?... Vamos, eso será una broma.

MIGUEL. No, Magdalena...

MAG. Pues entónces...

MIGUEL. Siento que haya usted venido aquí esta noche.

MAG. Por qué?...

MIGUEL. Porque... (Qué iba yo á decir?) Porque... (Ah! qué idea!)

MAG. Acabe usted. Por qué?

MIGUEL. Porque la casa no es... vamos, no es...

MAG. Cómo?

MIGUEL. Ya ve usted, un solteron libertino que da una soirée á sus amigos.

MAG. Qué dice usted!

MIGUEL. Aquí no vienen señoras.

MAG. Pero y su hija?...

MIGUEL. Si es soltero.

MAG. Si dijo Rosario...

MIGUEL. Una excusa para no venir ella por lo mismo.

MAG. Oh! qué infamia! qué amigas! Parece imposible.

MIGUEL. Oh! Las amigas... sí, parece imposible; pero lo que procede es que usted se retire ántes que la vea nadie, porque usted comprenderá que no ganaría nada.

MAG. Sí, sí, Dios mio! cada dia se tiene un desengaño.
MIGUEL. Esa es la vida, conque prontito.
MAG. Si Andrés lo supiera...
MIGUEL. Digo! Si lo supiera Andrés... vamos, eh?

ESCENA VII.

DICHOS, D. SANTIAGO, que sale con el CRIADO.

SANT. Esta señora? Celebro tanto...
MIGUEL. Ay!
MAG. Caballero! Yo siento que...
SANT. Cecilia, mi hija, la acompañará al piano.
MIGUEL. (Nos hemos lucido!)
SANT. Cecilia! aquí viene. Hágame usted el obsequio de pasar, señorita.
MAG. Pero, Miguel, qué decía usted? Cuidado que tiene usted unas bromas...
MIGUEL. Sí, por... por pasar el rato! (Nos hemos caido.) (Magdalena pasa al salon del brazo de D. Santiago.)

ESCENA VIII.

MIGUEL, despues CECILIA.

MIGUEL. Pues señor, bien, retebien. Ahora va á ser ella. Si cogiera en este momento á Andrés le hacía pedacitos. Mire usted que es majadería crasa. Estoy nervioso, estoy saltando.
CECILIA. Hola, caballero! Usted tampoco baila.
MIGUEL. Casi!...
CECILIA. Cómo casi? Yo no bailo ya!
MIGUEL. Cómo ya?
CECILIA. Eso para las pollitas y los muchachos, verdad?
MIGUEL. Pero usted... (Cómo me fastidia este angelito.)
CECILIA. Oh! En vísperas de boda... de un asunto tan serio! No puede usted figurarse lo que me preocupan esas mil atenciones que ha de tener una persona razonable en el nuevo estado.

MIGUEL. Eh?

CECILIA. Figúrese usted. Oh! No todo son alegrías, hay que ocuparse de la casa. Trece mil reales... no puede ser ménos... en nuesraa posicion: pues luégo entre usted con el coche.

MIGUEL. ¡Que entre con el coche?

CECILIA. Ya ve usted, tres mil reales mensuales... digo yo.

MIGUEL. Sí...

CECILIA. Un abono en el Real y en la Comedia, aunque pongamos nada más que un tercer turno.

MIGUEL. Es claro...

CECILIA. Ya ve usted. Andrés montará á caballo.

MIGUEL. Bueno! sí...

CECILIA. Ahí tiene usted otro gasto. Oh! le digo á usted que...

ESCENA IX.

ANDRÉS, despues VIZCONDE, por el foro.

ANDRES. (Muy agitado) Miguel, Miguel, amigo mio.

MIGUEL. Qué hay?

CECILIA. Qué pasa, Andrés? Qué agitacion!

ANDRES. (Cecilia!) No, no es nada, dos palabras solamente que vengo á decir á Miguel.

CECILIA. Secretos? Me retiro.

VIZC. Cecilia, Cecilia, vals, oye usted?

CECILIA. Ay Vizconde, dispénseme usted. Baile usted con las pollitas.

VIZC. Oh! no. Usted me le ha concedido y reclamo formalmente este vals.

CECILIA. Entónces... vamos. (Se coge del brazo del Vizconde.)

VIZC. Tanta bondad... (Cecilia y el Vizconde vánse foro.)

ESCENA X.

MIGUEL y ANDRÉS.

MIGUEL. Y bien, qué ocurre?

ANDRES. Que está aquí!

MIGUEL. Magdalena? Ya lo sé.

ANDRES. La ví entrar con mi tio y me fuí á escape al gabinete del tresillo.

MIGUEL. Ella no te ha visto?

ANDRES. Aún no; pero qué importa? No es posible evitar la catástrofe. Claro es que viene á romper mi matrimonio!

MIGUEL. Calla, majadero, no pienses en semejante cosa.

ANDRES. Cómo?

MIGUEL. Viene á tocar el piano para que bailes con tu futura.

ANDRES. Magdalena...

MIGUEL. Viene como honrada y trabajadora que es, á privarse de su sueño, á olvidarse de su salud, miéntras tú estás ocupado en engañarla.

ANDRES. Pero ella no sabe?...

MIGUEL. Nada aún.

ANDRES. Y mi carta?

MIGUEL. Aquí está: no he tenido todavía el valor de entregársela. Mírala, intacta, aún la puedes romper.

ANDRES. Yo?...

MIGUEL. (Con cariñoso interés abrazándole.) Di, Andrés. Te acuerdas de nuestros buenos tiempos en Roma? La noche aquella que estábamos poetizando, como yo decia, en las ruinas del Coliseo?... Te acuerdas de una niña descalcita... muerta de frio... que lloraba y nos refería entre sollozos que la pegaban cuando volvía á su casa con la manecita vacía de limosna... tú... casi llorabas escuchándola.

ANDRES. Ya lo creo! una criatura de ocho años á quien maltrataban... (Conmovido.)

MIGUEL. Tú la besabas conmovido... Yo tuve envidia y dije: Y yo, *Corpo di Baco*, no tengo labios tambien? Y entónces la niñita nos cogía á los dos de la mano... y... ¡qué diantre! Tenía suerte aquella niña en medio de todo! El cariño, la proteccion la rodeaban. Hoy... hoy... como la niña es una mujer, claro! no se la besa... y... (Muy bajo y con el sentimiento más concentrado.) hoy... ya no se la quiere... Andrés, eres un tipo. (Transicion.) Rompe

esta carta, no seas necio, tu deber y tu felicidad están junto á Magdalena!

ANDRES. Mi felicidad... (Conmovido.)

MIGUEL. Vamos!

ANDRES. Y el ridículo?

MIGUEL. Desengáñate, Andrés, cuando un hombre...

ANDRES. Calla, calla, que vienen.

ESCENA XI.

DICHOS, VIZCONDE, segueda puerta izquierda.

VIZC. Andrés... ¿No sabes? Está en el piano.

MIGUEL. (Qué oportunidad!)

VIZC. Está preciosa. ¡Qué ojos! qué sonrisa! Estoy loco, lo que se dice loco por ella.

NADRES. Tú?

VIZC. Por supuesto que la palabra es palabra! Me has dicho libertad completa. Recuerdas?

ANDRES. Déjame en paz.

VIZC. Qué es eso, te enfadas, chico? Te vuelves atrás... Ganará Lopez la apuesta?

ANDRES. ¿Qué apuesta?

MIGUEL. (Este nos divide!)

VIZC. Pues Lopez ha apostado cuatro mil reales con Roldan á que te arrepientes y no te casas y das la gran campanada. Unos ponen por Lopez, otros muchos por Roldan. Es delicioso!

ANDRES (Á Miguel.) (Ya lo oyes!

MIGUEL. Y qué?

ANDRES. El ridículo! Que dirán si...)

VIZC. Conque tú, qué dices á eso? (Á Andrés.)

ANDRES. Yo, que ha perdido Lopez.

VIZC. De veras?

ANDRES. Que no he variado en nada de modo de pensar.

VIZC. Luego puedo conquistar á Magdalena?

ANDRES. Á mí qué me cuentas!

MIGUEL. Andrés, escucha.

ANDRES. ¡Dejadme en paz, hombre, dejadme en paz. Me vais á volver loco. Me estais mareando, ea! (Sale por la puerta del salon de baile.)

MIGUEL. Habrá imbécil!

VIZC. Bravo! Pero cómo la hablo yo en medio de tanta gente?... Ah!... qué idea!... Miguel, tengo una idea... de Luis catorce!

MIGUEL. ¡Buen provecho!

VIZC. Mejor dicho, de Luis quince.

MIGUEL. Sea en hora buena. Celebraré que llegues á Luis diez y seis.

VIZC. Gracias, chico, gracias... (Sale corriendo.) Voy á escribir.

MIGUEL. No he visto en mi vida más farsantes juntos. Es preciso inventar algo que haga saltar á don Santiago. Ah! qué idea! No es de Luis quince, pero puede pasar. La imágen de San Juan que me piden en Torrelodones. El telégrama del párroco. Si, esto es.

ESCENA XII.

MIGUEL, D. SANTIAGO.

SANT. Cómo tan solitario?

MIGUEL. (Ap.) (Pues señor, la cuestion es ganar tiempo. Salga el sol por Antequera! Me hago farsante tambien.)

SANT. Qué se medita?...

MIGUEL. Ah! don Santiago?. Precisamente estaba pensando en usted.

SANT. Sí? Pues?...

MIGUEL. Por lo de su efigie. Oh! (Fingiendo sorpresa.)

SANT. Cómo?

MIGUEL. Oh! ¡por vida de!... No sirvo para guardar un secreto.. es tontería.

SANT. Un secreto!...

MIGUEL. Había ofrecido callarlo y en cuanto le he visto á usted... adios!...

SANT. Pero...

MIGUEL. Ya no importa! Ya lo he dicho.

SANT. Sí, pero...

MIGUEL. Hace mucho que no ha estado usted en su pueblo?

SANT. En Torrelodones?... hace tres años.

MIGUEL. (Magnífico! Ánimo pues.) De modo que usted no sabía...

SANT. Qué!... qué!...

MIGUEL. Me han encargado su efigie de usted en mármol. (Allá va eso.)

SANT. Hombre! Yo un simple comerciante que...

MIGUEL. No sea usted tan modesto, señor don Juan. Usted ha sobresalido en la industria.

SANT. Sí, pero...

MIGUEL. La industria! El principal elemento de las naciones! La fuente de su prosperidad! La gran arteria social!

SANT. Sí, eso es cierto.

MIGUEL. ¿Le parece á usted que en su pueblo no han de tener orgullo en que á la cabeza de la industria figure un hijo de aquel lugar? ¿Que no han de colocarle entre los demas bustos de hombres notables con que adornarán el nuevo ayuntamiento?

SANT. Ah! es cosa del ayuntamiento? Ya sé yo qué regidor me habrá hecho la contra. Cerezuelo!

MIGUEL. Cerezuelo? Uno alto, delgado?

SANT. No, no, grueso, así como usted.

MIGUEL. (Dále.) Ah! sí; tiene usted razon, le confundía con...

SANT. Con Velez.

MIGUEL. Precisamente en Velez, pero está usted en un error.

SANT. Por qué?

MIGUEL. Porque precisamente son los dos que hablaron del proyecto con más interés.

SANT. Qué me cuenta usted?

MIGUEL. Lo que usted oye.

SANT. Pero hombre, si me cuesta trabajo creer... no, imposible; no puedo aceptar.

MIGUEL. Señor don Santiago...

SANT. Es una honra disparatada.

MIGUEL. Señor San Juan...

SANT. Póngase usted en mi lugar.

MIGUEL. Póngase usted en el mio.

SANT. En el de usted?

MIGUEL. Yo vivo de mi trabajo.

SANT. Hace usted bien.

MIGUEL. De las artes.

SANT. Y qué?

MIGUEL. Cómo y qué? Señor San Juan, usted olvida que se me ha encargado ese trabajo. Usted duda tal vez...

SANT. No, eso no.

MIGUEL. Oh! si señor. Usted duda, y es preciso que me sincere.

SANT. Pero amiguito, si yo no...

MIGUEL. (Sacando un pliego.) Vea usted este telégrama, vea usted.

SANT. (Leyendo.) Torrelodones cinco. Corre prisa efigie San Juan: no repare en precio. Trabaje mucho, no perderá... Diaz, presbítero. Firma el cura.

MIGUEL. Como la persona más caracterizada y...

SANT. Sí, sí: me hago el cargo.

MIGUEL. Usted renuncia? Bien. Cómo ha de ser. Se perderá mi trabajo. Perderé el hacer otros, perderé...

SANT. Eso sí que no. Yo no quiero que usted pierda. No faltaba más.

MIGUEL. Cómo! ¿Sería usted tan bueno que se sacrificase?... Oh! no, no, no lo consiento. Sufriría usted mucho.

SANT. No, hombre no! Yo sé hacer un sacrificio cuando es preciso.

MIGUEL. Acepta usted la efigie?

SANT. Pero bien sabe Dios... que no es por mí.

MIGUEL. Yo tambien lo sé. Pero reflexione usted ántes si se encuentra con fuerzas. Porque los periódicos hablarán de usted y le pondrán en las nubes. El gobierno no podrá mirarlo con indiferencia, y se verá usted obligado á aceptar un alto cargo! Luégo las cosas se enredan y vies nen las elecciones; y luégo en la cámara, en una crísipodría suceder!... Yo quiero que usted lo piense ántes. Yo no me perdonaría que su modestia se mortificara con las alabanzas de la prensa, ni de que se tuviera que alterar la paz en que hoy vive, por los sinsabores é inquietudes que trae consigo un alto empleo; las ene-

mistades que proporciona una cartera: en fin, á ménos que usted en bien de la industria no lo sacrifique todo. ¡De la industria! De la gran artería.

SANT. (Se ha conmovido cómicamente durante toda la relacion de Miguel, no puede callar por más tiempo y le interrumpe rápidamente.) De la cartera, si señor, digo de la arteria.

MIGUEL. (Remachemos el clavo.) Una prueba más! Una prueba más.

SANT. De qué?

MIGUEL. De su bondad, de su abnegacion, de su tolerancia. Si era poco lo de Andrés!

SANT. (Sorprendido.) Cómo lo de Andrés!

MIGUEL. No digo? Bien, don Santiago, bien. Ni aun quiere aparentar que lo sabe! Bien, don Santiago, muy bien!

SANT. No comprendo.

MIGUEL. Pero conmigo no era necesario ocultarlo. Me consta que usted lo sabe, que lo perdona y...

SANT. Y qué?

MIGUEL. Que le admiro á usted.

SANT. Pero hombre...

MIGUEL. Qué? Insiste usted en aparentar que lo ignora?

SANT. Ignorarlo? no... pero no sé una palabra de lo que usted dice.

MIGUEL. Despues de todo hace usted bien. Los angelitos no tienen la culpa.

SANT. Los angelitos?

MIGUEL. En su hija de usted hallarán otra madre.

SANT. Otra!

MIGUEL. Qué importa que la gente murmure y le critique á usted? Si uno quisiera dar gusto á todo el mundo!

SANT. Á ver, á ver, Miguel, explíquese usted, canastos.

MIGUEL. Para qué? Qué obstinacion. Á qué repetir á usted que el pobre Andrés se veía apurado con sus dos hijos y con la madre, porque creía que esto sería un obstáculo para su boda con Cecilia?

SANT. Cómo! qué infamia?

MIGUEL. Pero de veras no sabía usted...

SANT. Ni una palabra.

MIGUEL. Necio de mí, y yo he sido quien...

SANT. Y se lo agradezco á usted.

MIGUEL. No me lo perdono. Pero quién sabe? Don Santiago, puede que no sea verdad.

SANT. No le disculpe usted.

MIGUEL. Puede que sea una intriga de algun farsante para impedir la boda. Se miente tanto!

SANT. Desengáñese usted, cuando el rio suena...

MIGUEL. Sí, pero con todo... yo no creo...

SANT. No le disculpe usted.

MIGUEL. En último caso, nada cuesta averiguarlo.

SANT. Es claro que lo averiguaré.

MIGUEL. Va usted mañana á Torrelodones, y da usted las gracias á Cerezuelo y á Velez por lo de la efigie.

SANT. Sí, sí.

MIGUEL. Pregunta á usted á Cerezuelo si la acusacion es cierta.

SANT. Á Cerezuelo?

MIGUEL. Él me lo refirió todo casi llorando.

SANT. No, si en el fondo es muy buen sujeto.

MIGUEL. Luego vuelve usted... pero cá, no es posible hacer nada.

SANT. Por qué?

MIGUEL. Hay que firmar el contrato esta noche.

SANT. No señor.

MIGUEL. Pero señor San Juan!

SANT. Pero Miguel! ¿Voy á casar á mi hija sin salir de la duda? (La hija de un hombre que podría ser ministro?)

MIGUEL. Y va usted á encontrar un medio de suspender!...

SANT. Eso sucede todos los dias. Diré que es cuestion de... de cualquier cosa, de los papeles. (Rápida la escena hasta el final.)

MIGUEL. Pero nada de escándalo.

SANT. Oh, nada!

MIGUEL. Mucho sigilo y cautela, sobre todo con Andrés.

SANT. Justo, con él sobre todo!

MIGUEL. Bien, don Santiago, muy bien!

SANT. Voy á ver al notario. Mil gracias. Miguel, sin usted...

Dios sabe!... (Váse.)

MIGUEL. Dios sabe, don Santiago. (Transicion.) Já, já, já, já!

ESCENA XIII.

Todos los personajes ménos D. SANTIAGO, que viene despues y MAGDALENA que no sale hasta el fin del acto.

VIZC. Miguel, ya empleé mi idea de Luis quince. He escrito á Magdalena.

CECILIA. Pero y papá?

MIGUEL. Con el notario.

SEÑORA. Oyes? con el notario.

CECILIA. Ha llegado por fin?

SEÑORA. Pronto se firmará.

MIGUEL. Quién lo duda!

SEÑORA. Estoy tan nerviosa... me impresionan tanto estas cosas! Si vieras hija, como me quedé al dar mi mano á Pié!

MIGUEL. (Á pié?) Así se quedará mi amigo Andrés.

ROLDAN. Ya lo está, verdad.

LOPEZ. Qué pálido!

ANDRES. Sí? El calor sin duda.

MIGUEL. Pero es posible, Andrés, que mientas.

ANDRES. Basta de observaciones. Da mi carta á Magdalena, que salga de aquí y que se acabe todo!

MIGUEL. Estás resuelto?

ANDRES. Sí. (Los jóvenes hablan á un lado de la escena.)

LOPEZ. (Todavía falta lo principal.)

ROLDAN. (Nada, nada, has perdido.)

VIZC. (Pongo por Roldan.)

MOLINA. (Cuándo nos vamos?)

ANDRES. Pero ese contrato no viene.

SANT. Dispensen ustedes, pero esta noche no se puede firmar.

TODOS. Cómo!...

SEÑORA. Por qué?...

SANT. Un pequeño inconveniente, cuestion de papeles... nada... pero que hasta dentro de unos dias...

CECILIA. Papá!

SANT. Qué quieres que yo le haga? hija mia, despues de todo unos dias más ó ménos; tú eres jóven.

ANDRES. Un rompimiento tio!...

SANT. No! pero un plazo al ménos. Necesito reflexionar ciertas cosas.

CECILIA. Ha visto usted, madrina?

SEÑORA. Y qué? No tengas prisa. Las jóvenes no debemos dar á entender nada de eso.

SANT. Pero señores, que este incidente no interrumpa la diversion... Esto no vale nada... El baile sigue...

TODOS. Al salon! (Vánse todos ménos el Vizconde, Andrés y Miguel)

VIZC. Caballeros, os invito á almorzar mañana. Magdalena servirá el Champagne.

MIGUEL. Bravo!... me convido. (Vánse Miguel y el Vizconde.)

ANDRES. (Ap.) (Ah! yo me ahogaba. Al fin puedo arrojar esta máscara que me oprime. Soy libre, respiro... Corro á buscar á Magdalena, ántes de que reciba mi carta que la despide... (Magdalena atraviesa el salon sin ver á Andrés, leyendo una carta.) Mi carta, es tarde, desgraciado!)

VIZC. Mi carta, la lee, delicioso! Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete amueblado con exagerada elegancia en casa del Vizconde. Puertas al foro y laterales; á la izquierda una panoplia, Marquesitas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZGONDE, JUAN.

VIZC. (Sentado.) Bien: hablemos de otra cosa. Recuerdas mi instrucciones?

JUAN. Las que se refieren á la última aventura amorosa del señor Vizconde?

VIZC. Precisamente.

JUAN. Al pié de la letra.

VIZC. Bueno. Ahora sólo falta que en cuanto se presente esa jóven y pregunte por la señora condesa, contestes con aplomo que está en casa.

JUAN. Entendido.

VIZC. Ah! no te olvides de añadir que se halla en el tocador.

JUAN. No lo olvidaré.

VIZC. En seguida me pasas recado.

JUAN. Se le ofrece algo más al señor Vizconde?

VIZC. Nada más. Vé, pues, y cuidado con hacer alguna de las tuyas!

JUAN. Puede el señor estar tranquilo.

VIZC. Mis amigos no tardarán. Da una vuelta por el comedor y cuenta con que falte nada para que el festin sea digno del anfitrion.

JUAN. Todo está ya dispuesto.

VIZC. Retírate.

JUAN. (Quién será el señor del anfitrion?) (Váse.)

VIZC. Creo que no he omitido detalle para que mi ardid sea coronado del éxito más completo. La carta que escribí á Magdalena iba á nombre de mi madre. De firmarla yo no vendría. Una vez aquí, Magdalena habrá de pagarme la burla del abanico! Y bien que lo maneja! Áun me duele el golpe. Y todo para qué? Para oir decir á Miguel con la ironía que le es propia: El diantre eres, Sedalina.

JUAN. (En el foro.) Señorito?

VIZC. Ella! Tan pronto? Es la linda jóven?

JUAN. No: es un caballero bastante feo y bastante viejo, que desea hablar á usted.

VIZC. Ha dicho su nombre?

JUAN. Me ha entregado esta tarjeta.

VIZC. Dáme. (Leyendo.) «Santiago San Juan.» Mi ex-suegro! Qué me querrá? Hazle entrar y ruégale que espere un momento. No es cosa de recibirle en este traje. Don Santiago aquí! Qué habrá ocurrido? (Sale por la puerta de la izquierda.)

JUAN. (En la puerta del foro.) Pase usted, caballero. El señor Vizconde no tardará! (Váse por el foro.)

ESCENA II.

D. SANTIAGO en traje de viaje, bufanda rodeada al cuello, gorra muy encasquetada. Trae una maleta en la mano. Anda lentamente: mira al público sin hablar, y despues de una pausa dice:

Vengo de Torrelodones! (Deja la maleta sobre una silla.) La conversacion habida con Miguel me indujo á emprender el viaje. Natural era que demostrara al ayuntamien-

to de mi pueblo mi gratitud por el honor que me dispensaba, y más natural aunque averiguase la historia de los angelitos que atribuyen á mi sobrino Andrés! Llego á la hora y media al término de mi escursion, me dirijo á casa de Cerezuelo, llamo, me abren, éntro, me anuncio, y á poco veo á mi amigo que todo sorprendido exclama:—San Juan, usted por aquí? y á qué bueno?—Á dar las gracias al ayuntamiento. Sé que ha desechado el proyecto del obelisco, y me alegro. Un obelisco acusa cierta pretension, sobre que ahí está el Egipto con sus pirámides... Dejemos á cada país sus monumentos.—Cierto, replica Cerezuelo; pero todo eso no me explica el motivo de su visita.—Cómo no adivina usted? Vengo sobre mi busto.—Qué busto?—El que va á erigírseme en el ayuntamiento; y al decir esto, adopto una postura monumental. Mírame Cerezuelo con aire de extrañeza, mejor áun, de miedo.—Muy bien. No se mueva usted hasta mi vuelta:—dice, y desaparece cerrando tras sí la puerta. Esto me sorprendíó, pero no me moví. Al cabo de algunos minutos, y en vista de que no volvía, entro en curiosidad y me acerco á la puerta por donde mi amigo había desaparecido. Escucho, y nunca lo hubiera hecho. Cerezuelo decía á su mujer, con quien hablaba:—Es una locura pacífica, pero temo que sobrevenga un acceso terrible.—¡Calculen ustedes mi estupor. Aquellas frases fueron el rayo de luz que me hizo ver la burla de que había sido víctima. De todo lo cual he deducido, que Miguel era un instrumento; que Andrés tiene la culpa de todo; que mi niña no se casa con Andrés, y que no se coloca mi busto en el ayuntamiento. Á mí me tiene sin cuidado. Pero verán ustedes cómo colocan el busto de un cualquiera, que no tendrá ni mis trabajo, ni mis servicios, ni mi talento, ni mi ilustracion, ni mi modestia. Ellos se lo pierden. Que se fastidien!!! Aquí está el Vizconde. Él me vengará.

ESCENA III.

D. SANTIAGO, el VIZCONDE.

VIZC. (Primera izquierda.) Señor don Santiago! á qué debo el placer... (Reparando en el traje.) Calle! ese traje... ese saco... Sale usted de Madrid?

SANT. Todo lo contrario, vuelvo.

VIZC. Ya! Un viaje de recreo eh?

SANT. Precisamente de recreo... no!

VIZC. A juzgar por su duracion...

SANT. No ha sido mucha... pero crea usted que no me he divertido.

VIZC. Ah! vamos, algun negocio...

SANT. Sí... eso... es un negocio... (fallido.)

VIZC. Referente tal vez al matrimonio de Cecilia?

SANT. (Él mismo se clava!) Tal vez...

VIZC. Era de esperar despues de la escena de ayer...

SANT. Oh! no me la recuerde usted! Pasé un rato infame.

VIZC. Segun eso la dilacion del contrato... fué exigencia de Cecilia?

SANT. No: mia.

VIZC. Hola!

SANT. (Ha hecho efecto!)

VIZC. Y puedo saber, si no es indiscrecion las causas de tan grave acuerdo?

SANT. Justamente no es otro el objeto de mi visita.

VIZC. De veras? tome usted asiento!

SANT. Gracias! (Se sientan.)

VIZC. Escucho á usted. Tengo verdadera curiosidad.

SANT. Antes ha de permitirme usted que le haga una preguntan

VIZC. Haga usted cuantas quiera.

SANT. Aquí para *inter nos,* veía usted con buenos ojos la boda de mi hija?

VIZC. Don Santiago...

SANT. Conteste usted... sí... ó no. Con franqueza.

VIZC. Si es capricho...

SANT. Supongamos que lo sea.

VIZC. Pues bien.!! No: Está usted satisfecho?

SANT. Pedir más franqueza sería gollería.

VIZC. Demasiado sabe usted el afecto que me inspira Cecilia hace tiempo.

SANT. Mucho que sí: y más de una vez me ha hablado usted de él.

VIZC. Como que llegué á pedir á usted su mano.

SANT. Cierto.

VIZC. Que usted me negó...

SANT. Yo tenía á la sazon otros proyectos...

VIZC. Acerca de su sobrino Andrés?

SANT. Justo. Acerca de Andrés, el cual me ha engañado hoy como entónces ustedes. El muy hipócrita! Si parece mentira que se pueda fingir hasta ese extremo. Pero ya se ve... como es artista...

VIZC. Poco á poco; hay artistas dignísimos.

SANT. Créame usted: todos son peores, y especialmente los pintores.

VIZC. Todos?

SANT. Sin excepcion. Consulte usted la historia. El mismo Rafael tuvo su Fornarina.

VIZC. Sí... y qué?

SANT. Que mi sobrino, ciego admirador del gran artista, le copia hasta en sus extravíos.

VIZC. Será posible?

SANT. Ah! se me escapó; qué diantre, no tengo por qué arrepentirme. Sépalo usted si no lo sabía. Andrés adora á una mujer que no es su prima. El muy pillo...

VIZC. (Á Magdalena!)

SANT. Dígame usted ahora si Andrés puede ser mi yerno?

VIZC. Yo?...

SANT. Jamás. La ocultacion de esas relaciones me dá derecho á sospechar de su bondád, y me desliga de todo compromiso.

VIZC. Será verdad?

SANT. Pues no faltaba otra cosa!

VIZC. Cuánto me alegro!

SANT. Eh?

VIZC. He dicho que me alegro? Vea usted: tambien á mí se me ha escapado! Sólo que yo tendré que arrepentirme. Cecilia no me ama...

SANT. Está usted seguro?

VIZC. Ayer mismo lo oí de labios de usted.

SANT. Naturalmente. Las circunstancias eran otras... Disponía de la suerte de mi hija, y quién sabe si estaba equivocado.

VIZC. De modo que puedo aspirar...

SANT. Eso depende de usted; y si Cecilia consiente...

VIZC. Usted no se opondría!

SANT. En manera alguna.

VIZC. Gracias. (Esto es matar dos pájaros de un tiro.)

SANT. (Bien sabía yo que éste me vengaría.)

ESCENA IV.

DICHOS, MIGUEL, luégo ROLDAN y LOPEZ.

MIGUEL. (Por el foro.) Corpo di Bacco! Se almuerza hoy aquí á no?

VIZC. Miguel! Adelante!

SANT. (Bribon!

MIGUEL. La puntualidad es la virtud de los enamorados y de los glotones. Pero calle! Qué veo? Si no me engaño es don Santiago y compañeros de apostolado.

ROLDAN y LOPEZ. San Juan entre nosotros? Sorpresa más agradable!

SANT. Señores... (Saludando.)

LOPEZ. (Al Vizconde.) Le has invitado?

VIZC. (Ni que estuviera yo loco!)

ROLDAN. Es usted de la partida?

SANT. Me es imposible. Acabo de hacer un viaje, y el cansancio no me permite...

ROLDAN y LOPEZ. Un viaje?

SANT. (Con intencion.) Sí, hace una hora que llegué de Torrelodones.

MIGUEL. (Irónico.) Gran pueblo de pesca.
LOPEZ. Torrelodones?
VIZC. Patria de este caballero.
MIGUEL. Pueblo afortunado!
SANT. (Dale, machaca!)
ROLDAN. Lo conozco.
SANT. Ha vivido usted en él?
ROLDAN. Sólo unas horas. Tuve allí un desafío.
MIGUEL. Ya! (Otro farsante!)
LOPEZ. Y á todo esto no nos ha explicado usted el motivo de su viaje.
MIGUEL. Y es verdad. Señor San Juan, será usted tan amable que nos cuente...
SANT. Con mucho gusto. (Ahora verás.) (Dirigiéndose á Miguel.) Tenía entendido y así me lo habian asegurado personas cuya formalidad es notoria... (chúpate esa), que mis conciudadanos pensaban dispensarme un alto cuanto inmerecido honor.
MIGUEL. (Sorna.) Modestia; eso es modestia.
SANT. No; buena prueba de ello es, que si he ido á Torrelodones, ha sido únicamente para dar gracias á mis amigos y rogar que desistieran de su propósito.
TODOS. Es posible?
MIGUEL. (Para un comerciante en algodon no finge mal!)
SANT. Yo me conozco y sé que un pobre negociante no debe aspirar...
ROLDAN. Quién se opone?
LOPEZ. Cómo que no?
MIGUEL. Discutible! Ejemplo... Cromwell. Sabe usted quién fué Cromwell?
SANT. No necesito.
MIGUEL. Ah! Para qué?
SANT. He dicho ántes que me conozco.
MIGUEL. Bravo, amigo mio. Ese rasgo de humildad honra á usted. Usted se ha dicho: dos palabras encierran mi condicion: *simple comerciante;* podré suprimir la primera y quedaré de comerciante, pero si suprimo lo de comer-

ciante no queda más que lo de simple. Muy bien, don Santiago!

SANT. (Irritado.) Aprovecharé el consejo.

MIGUEL. El verdadero mérito está en conocerse á sí mismo.

SANT. Caballero...

MIGUEL. Usted ha nacido en el comercio, muera usted en él.

SANT. Gracias! (Nos veremos.)

MIGUEL. Si usted no se opone, nos estamos viendo.

SANT. Repito que nos veremos!

MIGUEL. No lo dudo!

SANT. Pronto tendrá usted noticias mias.

MIGUEL. Celebraré que sean frescas.

SANT. Adios, señores, mejor dicho, hasta luégo. (Si ha creido burlarse de mí no se ha llevado mal chasco!) (Váse foro.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos D. SANTIAGO, luégo MOLINA, despues JUAN.

VIZC. (Que ha acompañado á D. Santiago.) Por fin... creí que no se marchaba.

MIGUEL. Y á qué diablos ha venido?

VIZC. Es un secreto que revelaré más tarde, á la hora de los brindis.

MIGUEL. Palabra?

VIZC. Palabra? Estoy en alza. (Con presuncion.)

ROLDAN. Cómo?

VIZC. No puedo decir más.

MIGUEL. Si digo que eres el diantre... Sedalina!

VIZC. (No lo sabes tú bien.) (En este momento aparece Molina por el foro completamente transformado sin barbas ni melenas.)

MOLINA. Llego tarde?

VIZC. Eh? quién es?

TODOS. Un intruso.

MIGUEL. Caballeros... Si es Molina.

TODOS. Imposible!

VIZC. El mismo!

(Á la vez.)

MOLINA. En cuerpo y alma.

MIGUEL. En alma podrá ser, pero lo que es en cuerpo... (Molina se sienta. Todos se agrupan á su alrededor.)

MOLDAN. Se ha cortado el cabello.

RIGUEL. Tengo el gusto de presentaros á Sanson despues de haber conocido á Dalila.

VIZC. Qué hada te ha transformado?

ROLDAN. Con guantes!

MIGUEL. (A Lopez.) Tres pares?

LOPEZ. Miguel!!

MIGUEL. No es alusion.

MOLINA. Teneis algo más que decir? Maldicientes.

MIGUEL. Maldicientes. Habla: el primer turno te corresponde. Á qué se debe esa verdadera metamorfosis? Explícate.

MOLINA. Pues... á la propia estimacion y nada más.

MIGUEL. Tarde empiezas á estimarte, pero en fin, más vale, etcétera.

MOLINA. Yo siempre he creido que el artista debe vestir con decoro.

MIGUEL. Siempre? Pues por qué llevabas aquel sombrero y aque gaban?

MOLINA. Aquel gaban y aquel sombrero me habían prestado excelentes servicios en sus buenos tiempos, y era una ingratitud abandonarlos en su vejez.

TODOS. Já, já, já!

MIGUEL. Conque el falso artista...

MOLINA. Ha muerto.

MIGUEL. Sí? pues viva el artista verdadero!

TODOS. Viva!

MIGUEL. No más café, no más garitos.

MOLINA. Tienes razon. En ellos sólo he tratado falsos sacerdotes del arte y profesores de estética que acusan á su siglo en vez de trabajar. Los verdaderos genios (y á Dios gracias no faltan entre nosotros) conquistan la palma de la gloria en el templo del trabajo, en el taller! (Saca una petaca, de la cual se desprende un papel que recoge precipitadamente Miguel; Molina ofrece tabaco. Cuando llega á éste lee la carta.)

VIZC. Lóndres!

MOLINA. Trabuco es lo que está más de moda.

MIGUEL. (Leyendo.) «Madrid... Academia de Bellas Artes...» Já, já, já! Hé aquí explicado el enigma. El Gobierno ha encargado un cuadro á Molina!

TODOS. Eh?

MOLINA. Qué hay de particular?

MIGUEL. Nada, chico, nada. (La entregó tambien!)

VIZC. En celebridad de tan fausto acontecimiento, se aumentará el Champagne para brindar por la gloria del nuevo Rembrant.

TODOS. Aprobado.

MOLINA. ¿Y Hebe no ha llegado todavía?

VIZC. Magdalena? no debe tardar.

MOLINA. Acudirá al reclamo?

VIZC. Estoy segurísimo.

MIGUEL. Y yo.

JUAN. (En el foro.) Señor Vizconde.

VIZC. Eh? no decía... qué ocurre?

JUAN. La jóven que esperaba el señor está en la antesala.

TODOS. Bravo!

VIZC. Chist! Si les parece á ustedes, podíamos ocultarnos. La inocencia es naturalmente tímida. Conviene no asustarla.

TODOS. Bien pensado.

MIGUEL. Sí, ocultémonos. Así el efecto de la sorpresa será mejor.

VIZC. Vamos, pues... No hay tiempo que perder; por aquí.

ROLDAN. (En voz baja.) (Lopez, por aquí.)

MIGUEL. (No te perderé de vista.) (Vánse.)

ESCENA VI.

JUAN, luégo MAGDALENA.

JUAN. (En el foro.) Pase usted. La señora condesa está en el tocador.

MAG. Bien; la esperaré.

JUAN. (Y se lo cree. Pobrecilla! Ay! qué suerte tienen algu-

nos. (Váse.)

MAG. (Saca una carta que lee.) «La condesa de Soto ruega á la »señorita Magdalena tenga la bondad de presentarse en »esta su casa, mañana entre doce y una, para tratar de »asuntos que se refieren á su honrosa profesion.» Cosa más rara! No conozco á esta señora, ni ella á mí que yo sepa, y sin embargo me ruega que venga á su casa. Es particular. Quién ha podido interesarla en mi favor? Andrés... no, me hubiera prevenido... Miguel... Ménos aún. Asistió conmigo al baile donde por medio de un criado me fué entregada esta carta, y de haber tenido conocimiento de ella, se hubiera anticipado á darme tan grata nueva. La verdad es que el modo como llegó á mis manos es algo extraño. Eh? Me pareció oir... Sí; álguien llega. Debe ser ella. (Ábrese la puerta primera izquierda y aparece el Vizconde. Magdalena al verle da un grito.) Ah! (Un hombre!)

VIZC. No hay que asustarse!

MAG. Caballero...

VIZC. Tranquilícese usted.

MAG. La señora condesa...

VIZC. Soy yo!

MAG. Usted? Qué significa...

VIZC. No me reconoce usted? Alfredo de Soto, Vizconde de Sedalina, íntimo amigo de Andrés y Miguel.

MAG. El Vizconde... Sí, ya caigo. He visto á usted alguna que otra vez en el estudio de mi protector.

VIZC. Nada más que protector?

MAG. Caballero... esa pregunta...

VIZC. Ponga usted debajo que no he dicho nada.

MAG. Gracias! Es su mamá de usted la que me ha escrito, no es cierto?

VIZC. Mi madre? No!

MAG. Cómo que no?

VIZC. Muy sencillo. Mi madre salió hace tiempo para París, de donde no ha vuelto todavía.

MAG. Entónces... no comprendo.

VIZC. De veras? No adivina usted? (Con tono apasionado.)

MAG. Adivinar? Soy algo torpe y ademas no necesito... Hago á usted la justicia de creerle un caballero, y confío en que usted habrá de explicarme...

VIZC. Con mil amores. Esta carta no ha sido más que un ardid de Luis quince, empleado por mí para tener el gusto de ver á usted, de hablarla y...

MAG. Hablarme... y con qué objeto.

VIZC. Con uno sólo: con el de decir á usted que la adoro como un loco.

MAG. Ah!

VIZC. Nunca me hubiera atrevido á hacer á usted esta declaracion, sin la evidencia de que Andrés no ama á usted.

MAG. Qué Andrés?...

VIZC. Ha dado al olvido su cariño; me consta; él mismo me lo ha confesado.

MAG. Imposible!

VIZC. En cambio, yo por merecer el amor de usted soy capaz...

MAG. De todo... no es eso, señor Vizconde? Razon tenía al suponer que usted se explicaría... y vaya si lo ha hecho usted con claridad. No, no puedo quejarme. Gracias por su atencion.

VIZC. Pero...

MAG. Beso á usted su mano, caballero. (Dirigiéndose al foro.)

VIZC. Se marcha usted? Oh! no será sin que ántes me haya usted oido.

MAG. Más aún?

VIZC. Necesito que escuche usted mis disculpas.

MAG. Se las pido á usted por ventura?

VIZC. Magdalena, no sea usted cruel. Óigame usted, y no me condene injustamente á su indignacion.

MAG. Á mi indignacion?

VIZC. Sí, eso es de rigor! Siempre que una mujer cae en un lazo como el que yo he tendido á usted, se indigna en los primeros momentos y luégo...

MAG. ¿Pero ha llegado usted á imaginar que yo...

VIZC. Ah! ¿con que usted no...

MAG. Ni sospecharlo siquiera. Si algo me inspira su conducta de usted, es risa.

VIZC. Cómo!

MAG. Risa únicamente.

VIZC. De verás?

MAG. Ni más ni ménos. Duda usted?

VIZC. Yo?...

MAG. (Explosion.) Já, já, já!

VIZC. (Cualquiera duda...)

MAG. (Ironía.) Esperaba usted otra cosa? Ah! vamos. De seguro usted había preparado una escena como las que se ven todos los dias en el teatro. Siento que me haya usted conocido algo tarde. De otro modo se hubiera usted evitado la molestia de prepararla. Soy poco aficionada al drama, señor de... ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

VIZC. (Turbado.) Alfredo de Soto.

MAG. (Intencion.) Muy señor mio y de mi más distinguida consideracion. Decía á usted que no tengo gran aficion por el drama, y que en situaciones tan ridículas como esta, me basta con la risa para castigar á los necios que las preparan... Y hay por desgracia tantos necios en el mundo...

VIZC. Cómo, tantos?...

MAG. Tendria usted la pretension de ser el único. ¡Lo que puede el amor propio! (Miguel aparece en este momento por la puerta izquierda.) Ea, señor Vizconde. Confiese usted, aunque el hacerlo mortifique un tanto su vanidad, que no tiene usted condiciones para la comedia de buenas costumbres, y que en el drama realista es usted un farsante desdichado! Confiéselo usted.

MIGUEL. (Por la izquierda.) Esta es la ocasion. Vizconde!

MAG. (Sorprendida.) Esa voz?

VIZC. (Imprudente!)

MIGUEL. Hombre, alabo la calma!

MAG. Miguel! usted aquí?

MIGUEL. Sí... sí... Parece que he sido invitado á un almuerzo... pero ya desespero de sentarme á la mesa. Y usted, ¿no

está invitada tambien?

MAG. Yo?

MIGUEL. El Vizconde cuenta con usted y lo ha anunciado á todos sus amigos.

VIZC. (Caramba, caramba!)

MAG. Es cierto lo que ha dicho este caballero?

VIZC. Diré á usted, yo... había pensado... pero luégo... comprende usted? Reconozco que he debido... pero en fin, ya que no hay remedio, si usted se digna honrarnos...

MAG. Cuanto siento no poder complacer á usted, Vizconde: he almorzado ya.

VIZC. Ah! usted... ha... (Magdalena y Miguel miran gravemente por un momento á Alfredo, y en seguida rompen á reir á carcajadas.)

MIGUEL. Já, já, já!

MAG. Já, já, já!

VIZC. Bonito papel estoy haciendo!

ESCENA VIII.

DICHOS, LOPEZ, ROLDAN, luégo JUAN, MOLINA.

ROLDAN. (Puerta izquierda.) Juan tenía razon. Vean ustedes la heroina.

LOPEZ. Ella... Magnífico.

MOLINA. Aquí estamos todos.

JUAN. (Anunciando.) El señor don Andrés Velasco.

MAG. Andrés!

MIGUEL. (Llegó el momento.)

VIZC. (Esta es más negra! No contaba yo con él.)

JUAN. Qué le digo?

VIZC. Díle... que no estoy.

MIGUEL. Será inútil. Sabe que estás en casa, y si le cierras la puerta es muy capaz de entrar por la ventana, no lo dudes.

VIZC. Sabe que esto y?... Por quién? álguien ha debido decírselo.

MIGUEL. Precisamente; yo!

VIZC. Tú?

MIGUEL. Como que le he invitado en tu nombre.

VIZC. En mi nombre?

ROLDAN. (Malo, malo!)

MIGUEL. He hecho mal?

MOLINA. Mucho me lo temo. Andrés es discípulo de Otello.

ROLDAN. Y qué?

MOLINA. Que si entra, el lance es inminente.

ROLDAN. Para qué estoy yo aquí si no estoy para eso? Andrés es discípulo de Otello, bien; yo lo soy del Zuavo, y despues de diez años de sala...

VIZC. (Dando la mano á Roldan.) El cielo te ha traido á mi casa.

MAG. (Á Miguel.) Miguel, explíqueme usted...

VIZC. El caso es que no sé qué hacer.

MIGUEL. Magdalena, entre usted allí en aquella habitacion. (Se dirige á abrir la puerta de la derecha.)

VIZC. Sí, es lo mejor. Conviene que no vea á usted.

MAG. Pero...

MIGUEL. Va en ello su dicha de usted.

MAG. Pero querido Miguel...

MIGUEL. Yo no me llamo Miguel: yo me llamo la providencia de los enamorados. Usted será feliz, yo se lo fio. (La besa la mano.)

VIZC. (Con miedo.) Roldan! No se separe usted mucho de mí.

ESCENA IX.

DICHOS ménos MAGDALENA, luégo ANDRÉS.

ANDRES. (Pálido y afectando indiferencia; habla quitándose los guantes con movimientos bruscos y coléricos.) Felices, señores. Vizconde, muy buenos dias. (Le da la mano.)

VIZC. Querido Andrés...

ROLDAN. Francamente, no esperábamos á usted.

ANDRES. Culpen ustedes al Vizconde y no á mí: su tardía invitacion ha sido la causa de mi retraso. (Á Roldan.) Cuando ustedes gusten, estoy á sus órdenes.

MIGUEL. (Cómo se domina!)

ANDRES. Pero qué tienen ustedes? Qué pasa? He llegado en mala ocasion? Vamos, animen ustedes á Alfredo, á nuestro querido Alfredo. Parece el más contrariado.

MOLINA. (Oh mujeres, mujeres!)

MIGUEL. (La rabia le devora.)

VIZC. Andrés tiene razon, y pues que no falta nadie...

ANDRES. Nadie... Pues... y ella? Dónde está?

VIZC. No acierto.

ANDRES. Pregunto que dónde está ella. Ha entrado aquí: lo sé!

VIZC. Creo que padece usted un error.

ANDRES. Digo y repito que estoy seguro. Magdalena ha venido y deseo verla.

LOPEZ. Convenga usted, querido Andrés, en que ayer era usted más razonable.

ANDRES. Ayer... ayer estaba loco!

MIGUEL. Pues á confesion de parte...

ANDRES. Ayer dije lo que quise, tal vez lo que pensaba; hoy es otra cosa. De cuerdos es mudar de consejo. (*Con energía.*) Magdalena es parte de mi ser, me pertenece por lo tanto, y no reconozco en nadie derecho alguno sobre ella. Dónde está?

VIZC. Juro á usted que ignoro...

ANDRES. Sea usted sincero, Vizconde. Magdalena está aquí.

VIZC. No.

ANDRES. (*Enérgicamenee.*) Miente usted.

VIZC. Caballero... esas palabras...

TODOS. Andrés...

ANDRES. Digo que miente.

ROLDAN. Y yo no puedo consentir que se diga eso en mi presencia.

ANDRES. Uno ú otro me es indiferente. Y puesto que el Vizconde no se atreve á contestar á mis mentís... peor para él... mejor para usted, que se bate por amistad. Allí hay armas. (*Se acerca á la panoplia, coge dos espadas, arroja una á los piés de Roldan, y se pone en guardia.*)

MIGUEL. (*Á Andrés.*) Desdichado! qué es lo que intentas!

ANDRES. Matarle!

ROLDAN. (Caracoles!)

MOLINA. Considere usted que es una temeridad un duelo en estas condiciones.

ROLDAN. Justo, una temeridad batirse sin testigos.

ANDRES. Sin testigos? Oyen ustedes?

ROLDAN. Pero querido Andrés, crea usted que no ha sido mi ánimo ofenderle. ¡Nada de eso! Lo declaro espontáneamente. Usted me hará la justicia de creer que esto no es miedo, ya ve usted, llevo diez años de sala.

MIGUEL. Claro! (Por eso no puede batirse en gabinete.) Otro que la entregó!

VIZC. (Desesperado.) (Ay! Tiene miedo! Cobarde!)

ANDRES. Oyes esto, Miguel? No hay esperanza! (Deja caer la espada.)

MIGUEL. Quieres no ser loco! Ahora es cuando yo la tengo. Ahora que sé cuánto amas á Magdalena, ahora que tú tambien entregas la carta!... Suplico á ustedes me dejen un momento á solas con él. No tardaré en reunirme á ustedes.

ESCENA X.

MIGUEL, ANDRÉS.

ANDRES. (Que ha permanecido en un estado de abatimiento grande, levántase repentinamente y exclama:) Por qué escribí yo á Magdalena! Cuánto mejor no hubiera sido para los dos una confesion noble y leal de mi proceder. ¡Loco estuve al escribirla!... sí, como loco estoy ahora que lloro mi flaqueza.

MIGUEL. Mil gracias amigo, es favor...

ANDRES. Cómo!

MIGUEL. Te doy las gracias por lo bien que me juzgas.

ANDRES. No te comprendo.

MIGUEL. La carta para Magdalena me la diste á mí.

ANDRES. Y bien!...

MIGUEL. Ves como me juzgas mal! Dudas... y era yo el que debía entregársela.

ANDRES. (Con cariño.) Miguel...

MIGUEL. Mírala, majadero. (Enseñándole la carta.) Insistes aún en que se la entregue?

ANDRES. (Quitándole la carta.) Nunca! Hermano mio!

MIGUEL. Digan lo que quieran, alégrase el alma con el bien! Magdalena! Magdalena! (Dirigiéndose á la puerta por donde salió Magdalena.)

ESCENA XI.

DICHOS, MAGDALENA.

ANDRES. Qué significa... Tú aquí?

MAG. Sí, Andrés: perdona á nuestro amigo que así me lo exigió. Quiso probarnos lo que tan sabido teníamos, que me amas... que te amo! Nació nuestro cariño cuando éramos pobres... y ese amor no muere nunca. No es verdad, Andrés?

ANDRES. (Cubriendo de besos la mano de Magdalena.) Ah! Magdalena! Alma de mi alma... Esposa mía!

MIGUEL. Caramba... Trabajillo me ha costado... y vea usted... casi tengo envidia... (Con srntimiento.) Qué estará haciendo ahora mi ex-Lola.

VIZC. Señores... Ah!

JUAN. (Anunciando.) Don Santiago San Juan.

ESCENA XII.

DICHOS, D. SANTIAGO, VIZCONDE, LOPEZ, ROLDAN y MOLINA.

MIGUEL. Ni adrede que se hubiera hecho podía llegar más á tiempo.

SANT. Felices, mi querido yerno!

MIGUEL. Su yerno?

SANT. He consultado á Cecilia y ama á usted con locura. Presento á ustedes al futuro de mi hija.

VIZC. Señores, señores!

LOPEZ. Qué hay?

MOLINA. Otro lance?

ROLDAN. Seré padrino.

MIGUEL. Quién habla de padrinos?

SANT. Presento á ustedes á mi futuro yerno. (Por el Vizconde.)

TODOS. (Ménos el Vizconde.) Bravo!

MIGUEL. Ni con un candil podía encontrarse marido más á propósito para Cecilia.

ANDRES. (Presentando á Magdalena.) Presento á ustedes á mi futura esposa.

TODOS. Bien!

SANT. Doy á Cecilia cuarenta mil duros.

MIGUEL. Por aquí tenemos un *millon* en cariño.

ANDRES. Los cuarenta mil... vendrán despues.

VIZC. Á la mesa.

ANDRES. Magdalena y yo no podemos aceptar.

MIGUEL. Por qué no, Corpo di Bacco! El banquete del Vizconde es una funcion de desagravios; no temas ninguna inconveniencia! Y si no que lo diga don Santiago.

SANT. Lo que digo es que me ha jugado usted una pasada, y...

MIGUEL. Y necesita usted una satisfaccion? Convenido. Celebraré que su niña sea muy feliz en su enlace: esto para un padre es una satisfaccion inmensa.

SANT. Aceptada. (Estos son los valientes, ya sabía yo que no se batiría.)

MIGUEL. Á la mesa, pues. La presencia de la Nena probará en nuestro *festin*, que ante la hermosura, la virtud y el trabajo, el que presume de más insensible *entrega la carta* y ama; y los más libertinos admiran y respetan.

FIN.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.° de Abril de 1877.*

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Los tres novios de la niña....	1	D. M. Ramos Carrion..	Todo.
4	2	La torre de Talavera.........	1	Eugenio Sellés......	»
		Dimats 13..................	1	José Ovara.........	»
		Un aprenent de lletí.........	1	José Ovara.........	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva..................	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.......	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata............	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey...........	3	Valentin Gomez.....	»
		ZARZUELAS.			
2	3	Maestro de amor...........	1	Sres. Navarro y Alcalá Galiano..........	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
»	»	Un crímen misterioso.	1	Lastra y Valverde y Chueca..........	L. y M.
»	»	El laurel de oro.............	2	Angel Rubio. (*Mit.*).	Música
		Huyendo de ellas...........	2	Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.